

LIBROS

Juan Ramón Jiménez, en una nueva antología

La obra del poeta que naciera en Moguer (Huelva, 1881), que obtuviera la categoría de maestro indiscutible de la poesía española al iniciarse la generación de 1927, que caería en un olvido total e injustificado en su patria a partir de 1936 y que, por último, consiguiera el Premio Nobel en 1956, constituye uno de los legados poéticos más importantes del siglo XX. Poeta discutido, idolatrado y odiado alternativamente, siempre en la brecha poética, en el esfuerzo creador, en la defensa a ultranza de sus postulados poéticos, la obra de Juan Ramón Jiménez se convierte hoy en una suma de difícil acceso, contradictoria y variada, en continua sucesión.

Ya con el modernismo, con el populatismo, con el neopopularismo y con la poesía pura, Juan Ramón Jiménez actuó con un amplio afán creador, imprimiendo a cada uno de estos estilos un auténtico cuño personal, una gran voluntad de purificación, que le convirtieron en un auténtico maestro, dando lugar a la frase «Jiménez, maestro de poetas y no solamente de discípulos».

Sin embargo, desde muy temprano dejó de tener seguidores incondicionales. Su constante movilidad de un estilo a otro le alejaron de la respetabilidad que da la continuidad. Por

otra parte, su actitud ante el centenario de Góngora, su enemistad personal con Guillén, su negativa a participar en la antología de Gerardo Diego en 1934, sus discórdias con Neruda, su hipersensibilidad y, en el fondo, su discrepancia a toda la poesía «moderna» que el «27» quería introducir en España, le fueron llevando a un aislamiento total (1). Su exilio posterior, el auge de la poesía social que le excluyó de entre sus maestros desde su iniciación (salvo algunas brillantes excepciones), el desconocimiento de su obra producida lejos de su

la búsqueda de un nuevo lenguaje poético. Circunstancias todas ellas dolorosas y que hacen necesario e ineludible un nuevo acercamiento a su obra y una necesaria explicación de ella a las nuevas generaciones.

Dentro de esta línea de recuperación, de rehabilitación (porque, pese a su alto pedestal o quizá precisamente a causa de él, Juan Ramón debe ser rehabilitado) y explicación se encuentra el estudio que Aurora de Albornoz ha realizado, seguido de una no menos aclaratoria antología de su lírica (2).



patria, hicieron de su poesía un acontecimiento difícil e inactual, hasta el punto que al concedérselo el Premio Nobel en 1956, Juan Ramón Jiménez era un gran desconocido para los poetas jóvenes españoles, a los que no había podido ayudar en

(1) Como dato curioso y una prueba reciente de la actitud maníaca de Juan Ramón, el poeta de la generación del 27 Dámaso Alonso (según reseña de «El Excelsior» mexicano de 20 de junio de 1973 y en una conferencia en el Colegio Nacional) afirma «que el autor de «Platero y yo» no dejó títtere con cabeza mientras vivió, y él mismo se erigió como el más grande sobre la Tierra».

«Las siguientes páginas no pretenden ser una profunda investigación ni un detallado estudio de la vasta obra juanramoniana, sino algo así como una guía de lectura; una aproximación a la poesía de un poeta que escribió para una inmensa minoría», nos dice en las líneas iniciales de su introducción.

Partiendo, pues, para su planteamiento de la situación de la obra del poeta entre los españoles de hoy, Aurora de Albornoz nos va descu-

(2) Juan Ramón Jiménez: «Nueva antología». Estudio y selección de Aurora de Albornoz. Ediciones Península, Barcelona, 1973.

biendo las claves sutiles de su concepción poética, concebida como instinto más inteligencia. «Poeta de la sombra que aspira a la luz» ha sido llamado, en una trágica trayectoria que se inicia en jardines sombríos, iluminados acaso por rayo de luna; en paisajes velados por la oscuridad y la confusión y se cierra con el «sol, sol, sol» del poema «Espacio».

Y es en este difícil camino donde la palabra del crítico se nos hace imprescindible. Distingue en esta interminable sucesión poética una serie de etapas. Desde su «prehistoria y aprendizaje», decididamente modernistas, hasta su primera plenitud, conseguida con «Arias tristes» (1903), «Jardines lejanos» (1904) y «Pastorales» (1911), pasando por su constante preocupación de «crear» las cosas al nombrarlas («Creemos los nombres. Luego derivarán las cosas»). Viene luego la etapa de «Platero y yo» (1914), «Estío» (1916), «Sonetos espirituales» (1917) y «Diario de un poeta recién casado» (1917). ¡Extraordinario momento este de Juan Ramón! «Platero y yo» es su primer libro en prosa. De imposible calificativo formal, como libro de género literario desconocido, rompe con un ejemplar lenguaje poético los límites del verso. «Sonetos espirituales» fue un libro admirado por la crítica, pero el poeta, en los últimos años de su vida, no se mostraba muy partidario de él. En verdad, no creemos que pueda ser considerado como un buen sonetista.

En cambio, «Diario de un poeta recién casado» constituye un logro sin precedentes en la poesía española de aquellos años, o, para decirlo con palabras del propio poeta, el libro que «significa una renova-

ción total de mi poesía». «Lo creo mi mejor libro», comentaba a Ricardo Gullón en 1953.

La siguiente etapa, de 1918 a 1923, se destaca (siempre según la opinión del crítico) por una búsqueda de «la cosa misma por medio de la inteligencia creadora». De este momento son «Eternidades», «Belleza» y «Piedra y cielo».

En 1925 se inicia lo que Aurora de Albornoz llama «hacia una estación total». Los brevísimos poemas de las anteriores etapas han dado lugar al poema extenso. Se ha alargado también el verso, notándose una clara tendencia hacia el endecasílabo y el alejandrino.

En 1957 (han pasado los años de la guerra y largos de exilio) aparece la «Tercera antología poética» (1898-1953). Se incluyen en esta antología, además de una importante selección de su obra ya publicada, los poemas escritos en América a partir de 1936: «En el otro costado» (1936-1942), «Una colina meridiana» (1942-1950), «Dios deseado y deseante» (1949) y finalmente, «Ríos que se van» (1951-1953).

Al hablar de esta larga, importante y poco conocida etapa del poeta de Moguer, tenemos que hablar, nos dice Aurora de Albornoz, del poema «revivido», que ya no es el poema corregido de épocas anteriores. En sus últimos años, Juan Ramón hablaba de «revivir» la poesía escrita en un ayer lejano. Para recuperar un tiempo pasado, generalmente la infancia, no siempre es preciso crear un nuevo poema: la recreación puede llegar a ser una sorprendente creación. ¡Qué intuición genial del último Juan Ramón!

Estimo también que son necesarias unas pa-

labras sobre el poema «Espacio». Poema en prosa, sin párrafos, en su primera versión parcial apareció en verso libre. ¿Qué pudo hacer que el poeta alterara su composición? Quizá el viejo sueño juanramoniano de borrar las diferencias entre verso y prosa para lograr la creación de nuevas posibilidades expresivas.

Sean cuales fueran sus motivos, el poema «Espacio» consigue ser una admirable síntesis de toda la poesía de Juan Ramón y a la vez, muy posiblemente, una de las cimas de la poesía en lengua castellana de todos los tiempos. Publicado en la revista «Poesía Española» en 1954, e incluido en la «Tercera antología», el libro que comentamos nos permite poder leerlo en toda su integridad.

La antología lírica que sigue al estudio demuestra una vez más la cualidad de síntesis y abreviación de su autor. Escogiendo dentro de la obra, vasta y difícil, del poeta de Moguer los poemas menos conocidos, sobre todo a partir de la «Segunda antología», de 1922, se nos muestra una acertada visión de Juan Ramón Jiménez, que se inicia con los poemas de «Jardín cerrado»: «Qué quietas se están las cosas / y qué bien se está con ellas», y termina con la estrechecora afirmación del final de «Espacio»: «Ya te lo dije al principio: "Los dioses no tuvieron más sustancia de la que tengo yo"». ■ JOSE ESTEBAN.

El espectador Vázquez Montalbán

Con «El libro gris de televisión española» (1)

(1) «El libro gris de televisión española», Manuel Vázquez Montalbán. Ediciones 99.